

# MAGMA

**Thomas Thiemeyer**

*Thriller*

 **ViaMagna**  
EDICIONES

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Magma  
Traductora: Ilana Marx

© 2009 Thomas Thiemeyer. Reservados todos los derechos  
© 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.  
© 2009 por la traducción Ilana Marx. Reservados todos los derechos.  
© 2007 By Droemersch Verlagsantalt Th. Knaur Nachf. GmbH & Co. KG, München  
www.droemer-Knaur.de

Los derechos de traducción de éste libro gestionados por Ute Körner Literary Agent S.L.,  
Barcelona - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Primera edición: Noviembre 2009

ISBN: 978-84-92688-85-2

Depósito Legal: M-43941-2009

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

**Editorial ViaMagna**  
Gran Vía de Carlos III, 84  
Entresuelo 3º  
Barcelona, 08028  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

# Parte 1

## Preparativos

*Al principio existió el Caos. Después fue Gea la de amplio pecho, sede siempre segura de todos los inmortales que habitan la nevada cumbre del Olimpo. Del Caos surgieron Érebo y la negra Noche. Gea dio a luz primero al estrellado Urano, con sus mismas proporciones, para que la contuviera por todas partes y poder ser así sede siempre segura para los felices dioses. También dio a luz a las grandes Montañas, deliciosa morada de diosas, las Ninfas que habitan en los boscosos montes. Ella igualmente parió al estéril piélago de agitadas olas, el Ponto, sin mediar el grato comercio.*

*Luego, fecundada por el Cielo, alumbró a Océano de profundas corrientes, a Ceo, a Crío, a Hiperión, a Japeto, a Tea, a Rea, a Temis, a Mnemósida, a Febe de áurea corona y a la amable Tetis. Después de ellos nació el más joven, Cronos, de mente retorcida, el más terrible de los hijos, el cual se llenó de un intenso odio hacia su padre. Dio a luz asimismo a los Cíclopes de soberbio espíritu, a Brontes, a Estéropes y al violento Arges, que regalaron a Zeus el trueno y le fabricaron el rayo. Estos eran en lo demás semejantes a los dioses, pero en medio de su frente había un solo ojo. Cíclopes era su nombre por eponimia, ya que efectivamente, un solo ojo completamente redondo se hallaba en su frente. El vigor, la fuerza y los recursos presidían sus actos. También de Gea*

*y Urano nacieron otros tres hijos enormes y violentos, cuyo nombre no debe pronunciarse: Coto, Briareo y Giges, monstruosos engendros. Cien brazos informes salían agitadamente de sus hombros y a cada uno le nacían cincuenta cabezas de los hombros, sobre robustos miembros. Una fuerza terriblemente poderosa se albergaba en su enorme cuerpo.*

*Pues bien, cuantos nacieron de Gea y Urano, ellos eran los hijos más terribles, odiados por su propio padre desde el principio. Y cada vez que alguno de ellos estaba a punto de nacer, Urano los retenía a todos ocultos en el seno de Gea sin dejarles salir a la luz, y se alegraba cínicamente con su malvada acción. La monstruosa Gea, a punto de reventar, sufría en su interior y urdió una cruel artimaña como venganza. Creando al punto un tipo de brillante acero, forjó una enorme hoz de Adamas, el invencible, y luego explicó el plan a sus hijos. Armada de valor dijo afligida en su corazón: «¡Hijos míos y de soberbio padre! Si queréis seguir mis instrucciones, podremos vengar el cruel ultraje de vuestro progenitor; pues él fue el primero en maquinan odiosas acciones».*

Hesíodo, *Teogonía*  
700 a. C.

# 1

*19 de mayo de 1954  
Los Alpes, en el sur del Tirol*

La niebla comenzó a cercarlo.

Nubes de vapor blanco brotaban desde el suelo, se juntaban entre las piedras, y comenzaban a extenderse como almas de alpinistas muertos por la meseta arrugada. Unas pocas hojas de ranúnculos y primulas, que allí arriba, a dos mil quinientos metros de altura, sobrevivían los largos inviernos apretadas entre hendiduras y pliegues, estaban cubiertas de un velo brillante de humedad. Casi ninguno de los montañistas que se aventuraban por aquellos páramos tan alejados era consciente de que ese paisaje peñascoso y árido, carcomido por el viento y el agua, consistía en una infinidad de bancos de corales, testigos silenciosos de que doscientos millones de años antes esa zona había sido una vez el fondo de un mar. El caos, hecho de pozos, hendiduras, sinuosidades y dolinas, se extendía a lo largo de cincuenta kilómetros cuadrados, y era un laberinto, el embate petrificado de las olas de un mar de tiempos primitivos, en el que incluso un montañista experimentado y entrenado tendría dificultades para encontrar la salida.

Francesco Mondari, profesor de la Facultad de Paleontología de la Universidad de Bolonia, ni estaba en

THOMAS THIEMEYER

forma ni era deportista. A pesar de ser delgado y alto, su afición por los cigarros caros había agitado su respiración con el transcurso de los años. La buena vida que se había permitido últimamente comenzaba a dejar su huella, como se lo demostraba la mirada diaria al espejo por las mañanas y la cifra descendente de estudiantes interesadas en un acercamiento. Pero eso acabaría muy pronto. Se había jurado que a partir del mes siguiente, cuando celebrara su cumpleaños número cuarenta, dejaría de fumar. Entonces, una alimentación sana, acostarse temprano y especialmente, el deporte, volverían a formar parte de su programa.

Mondari dejó de pensar en el futuro y miró preocupado por encima del borde de sus gafas. La niebla era cada vez más espesa. No solo había perdido la orientación, sino que ahora también el clima le jugaba una mala pasada.

Tentado por el informe de un estudiante sobre los bancos de corales existentes en esa zona, así como su creciente erosión, se había propuesto aprovechar las vacaciones del semestre para tomarse lo que él llamaba unas *pequeñas vacaciones de formación*. Su especialidad eran los sedimentos marinos en la zona de los Alpes. Los corales de ese entorno deberían permitirle experimentar de primera mano la estructura y variedad de especies de un ecosistema desaparecido hacía mucho tiempo, pero de momento no era posible reconocer gran cosa. La visibilidad se había reducido a menos de diez metros y dificultaba la orientación. Abrió el estuche de cuero que colgaba de su cinturón y sacó su brújula militar. Un recuerdo de la Primera Guerra Mundial que su padre le había legado después del feliz retorno de los campos de batalla en Europa. Mondari abrió la caja de metal, cuya capa de pintura verde ya se descascaraba en algunas partes, y echó un vistazo a la aguja magnética de color rojo y blanco que, imperturbable, indicaba el norte. El profesor hubiera podido jurar que la dirección no era la correcta, ¿pero quién era él para reñir con

la antigua pieza heredada? Suspirando, tomó el camino que le mostraba la aguja, pero de ninguna manera estaba libre de preocupaciones. La brújula le podía indicar dónde estaba el norte, pero no podía impedir que cayera en una de las innumerables grietas y roturas que atravesaban el altiplano. La meseta *Altipiano delle Pale* tenía sus propias leyes. Una de ellas era no pisarlo jamás con tiempo inestable. ¿Pero cómo podía habérselo imaginado? Dos horas antes, cuando Mondari llegaba al altiplano, aún parecía estar todo bien, y nada hacía prever un cambio del tiempo. Sin embargo, abajo, en la pensión Canetti en San Martino, le habían prevenido de que se acercaba una borrasca, pero jamás hubiera imaginado que el tiempo allí pudiera cambiar tan rápidamente.

No habría pasado más de un cuarto de hora desde su último descanso, cuando decidió hacer una pequeña pausa. El esfuerzo de la caminata con ese aire enrarecido era demasiado para él, y a pesar del aire húmedo y frío, sentía cómo empezaba a transpirar. Volvió a echar una mirada a la brújula y dudó. Repentinamente, la aguja señalaba en dirección contraria, la dirección de la cual acababa de venir. Confuso, se detuvo. No habían transcurrido ni cinco minutos desde que mirara por última vez la aguja y se asegurara de que no se estaba apartando del rumbo. ¿Acaso había dado un giro de ciento ochenta grados? Era imposible, lo hubiera notado. ¿Qué estaba ocurriendo?

Buscando ayuda, miró a su alrededor. Las nubes y la niebla lo envolvieron por completo. Habían pasado tan rápido que ni siquiera había tenido la posibilidad de llegar a la cabaña Rosetta, que se encontraba cerca. Sintió cómo el pánico se apoderaba de él, e hizo algo que le resultaba penoso, pues quedaría como una prueba de su propia debilidad. Acercó las manos a la boca y gritó a la niebla.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Ninguna respuesta.

THOMAS THIEMEYER

—¿Alguien me oye?

Silencio.

—Háganme una señal si me oyen.

Nada.

—¡Ayúdenme! ¡Me he perdido!

Ahora ya estaba. La admisión de su desconcierto había salido de su boca y así, hacia afuera, al mundo. Debatándose entre la esperanza y el temor de que alguien lo hubiera oído, escuchó atentamente hacia la pared de niebla blanca. Nada. De repente, recordó el equipo de emergencia que le habían endosado abajo, en el valle. Incluía un pequeño silbato. Lo cogió entre el pulgar y el índice y sopló. Una vez. Dos veces. El sonido estridente era una ofensa para sus oídos, pero siguió intentándolo. En vano.

Estaba solo.

Maldiciendo, dio la vuelta y fue en dirección contraria, allí donde según la brújula debía estar el norte. Sin embargo, esta vez no perdió de vista la aguja. No volvería a dejarse engañar una vez más.

No había llegado lejos, cuando el indicador empezó a moverse a la izquierda, luego de inmediato a la derecha, y después dio una vuelta completa. Mondari se acercó tanto la brújula a la cara, que la punta de su nariz casi rozó el vidrio. Asombrado, miró la aguja. Por algún motivo inexplicable no parecía querer indicar dónde estaba el norte. Golpeó la caja pintada de verde, pero el baile no se detuvo. Quizá en alguna parte había algo metálico o un depósito de minerales, aun cuando la idea fuese absurda. A su alrededor se extendían bancos de cal maciza, no metales. Tal vez el maldito aparato simplemente estaba roto. Aquel parecía ser un día de esos en los que puede suceder de todo, aunque parezca completamente absurdo. Volvió a guardar la brújula, se sentó sobre un saliente de roca cercano, y bebió un trago de su cantimplora. Para empezar, mejor tranquilizarse, se dijo. Que no volviera a

cundir el pánico. Mondari cogió su mochila y sacó una bolsa de galletas con pasas que le había dado la dueña regordeta de la pensión. Las mordisqueaba perdido en sus pensamientos, mientras sacaba su libreta de anotaciones y la abría. *18 de mayo de 1954, decía. He terminado los preparativos para ascender el Forcella del Mièl. Comeré algo y me iré a la cama temprano. Tengo pensado iniciar la subida a las 6:30 como muy tarde, para estar de vuelta en el valle antes de que oscurezca.*

Eso había sido la noche anterior, cuando aún no le carcomía la duda. Cerró el libro y volvió a guardarlo. ¿Qué debía hacer ahora? Teóricamente, el mal tiempo podía irse con la misma rapidez con la que había llegado. *Teóricamente.* Por otro lado, él ya había oído historias en las que las cumbres de las montañas estaban envueltas en niebla durante semanas. ¿Debía correr el riesgo y esperar? ¿O debía intentar volver a encontrar el camino por el que había subido? Ninguna de las alternativas le gustaba, pues aparentemente no podía confiar en la brújula. Finalmente, decidió dar unos minutos de sosiego a su espíritu intranquilo y permanecer un tiempo por allí. Las piedras a su alrededor tenían un aspecto prometedor, y él también podía empezar a analizarlas en ese lugar. Eso también le distrajo de pensar en qué sucedería si empezaba a llover.

Se metió otra galleta en la boca, después cerró la bolsa con provisiones y cogió su martillo de geólogo. Por delante en punta y por detrás chato y con un mango de hierro, formaba parte del equipamiento indispensable de cualquier geólogo... Al igual que la escala de dureza, un surtido de escoplos de cantería, un plano de plancheta y el libro de campo, en el que se registraba concienzudamente cada objeto encontrado. Si además se incluían en el cálculo las provisiones necesarias para un día, se llegaba fácil a seis kilos de peso, sin calcular las probables muestras de piedras. No era poco si se estaba todo el día en marcha.

THOMAS THIEMEYER

Comenzó a investigar en el zócalo redondo de piedra sobre el que había estado sentado. Con mirada experta, revisó la zona blanquizca de la rotura. Sin duda una facies arrecifal. Amonitas, cangrejos, lirios de mar, restos de goniatites. Entremedio, cristales de calcita bien formados, incrustados en una mezcla de cáscaras de conchas endurecidas y troncos de corales.

Triásico tardío o inicios del Jurásico. No lo podía afirmar aún con seguridad. No sin encontrar fósiles característicos adecuados. Solo una mirada al microscopio de su colega, el profesor Minghella, uno de los paleontólogos más conocidos de Italia, le permitiría establecer una fecha más exacta.

Las inclusiones apenas estaban deformadas, lo que indicaba que aquella meseta se había elevado en bloque, y así, había resistido la fase de plegamiento de la montaña sin sufrir apenas daños. Mondari asintió de mal humor. El dato de su estudiante era correcto, el muchacho recibiría una frase halagüeña en el libro del seminario. Deshizo el trozo con golpes certeros en cinco pedazos manejables, guardó los dos más hermosos y dejó caer el resto. A continuación, volvió a dedicarse al zócalo. En el lugar en el que había cortado el fragmento relucía un fondo de otro color. Por sí solo esto no era nada inusual. Los corales tenían la costumbre de construir sus palacios de cal sobre los lugares abandonados de corales más antiguos. Así, las colonias crecían capa por capa hasta alcanzar su altura, a veces hasta medio metro por año. Aún hoy día había bancos activos de corales, como por ejemplo el gran banco de corales tipo barrera delante de Australia. Pero comparado con los maestros constructores de la época del Triásico, estos corales eran puros principiantes. Humedeció su pulgar y lo pasó por el fondo descubierto. Qué extraño que fuera mucho más oscuro que la capa de arriba. Cierto, un cambio de la corriente del mar hubiera podido arrastrar consigo a la orilla un nuevo tipo de sustancias

nutritivas y de minerales, que podría haber tenido un efecto sobre el color de los corales. El cambio de color debería haber tenido lugar de forma lenta. Pero aquí podía reconocerse un corte claro. Entre ambas capas debían haber transcurrido cien o quinientos años, tan solo un instante en el cálculo de tiempo geológico, y de ninguna manera suficiente para un cambio tan drástico.

Mondari empezó a sudar. Había encontrado algo... y eso después de tan poco tiempo. ¡Fantástico! Y por si fuera poco, empezó a aclarar a su alrededor. Apareció un viento suave y se llevó la niebla; en algunos lugares ya brillaba el cielo azul entre las nubes.

Se frotó las manos. La aventura podía comenzar.

Con renovado entusiasmo, empezó a golpear la extraña superficie para descubrirla. La dureza considerable de la piedra que se encontraba enterrada más profundamente facilitaba el desprendimiento de la capa superior, muy quebradiza. Después de una hora había logrado despejar casi un metro cuadrado. Resoplando, se irguió. Se quitó las gafas, se limpió el sudor de los ojos e inspeccionó su trabajo. El martillo temblaba en su mano, en parte porque ya no estaba acostumbrado al esfuerzo del duro trabajo de campo, en parte porque le costaba contener su agitación. Puso a un lado el martillo y dio algunos pasos atrás. Lo que se presentaba ante su mirada observadora era muy poco común. Parecía tratarse de un esferoide, una bola metida en el medio de la calcita. Si se tomaba como base la curvatura de la superficie descubierta y se ponía en relación con la totalidad del bloque, su diámetro sería de aproximadamente dos metros. La sustancia de la que estaba compuesta no tenía nada en común con los corales a su alrededor. Era de algún material gris, de brillo metálico. Por lo tanto, no podía ser un producto de la formación del banco. De pronto, recordó su brújula. Colocó el aparato sobre la superficie liberada a golpes. La aguja volvió a girar en círcu-

THOMAS THIEMEYER

los como loca. Quizá la bola era realmente de metal. Sea como fuere, era claramente un objeto extraño y no pertenecía a aquel lugar. Sin embargo, era habitual que los corales, en su avance, cubrieran todo lo que se interpusiera en su camino. El hecho de que la esfera estuviera totalmente recubierta, no daba lugar a otra conclusión que no fuera la de que ya estaba allí antes de que se formara el banco. Es decir, que debía tener entre doscientos y doscientos cincuenta millones de años. Pero lo extraño no era solo la edad, sino también, y especialmente, su forma. La esfera perfecta, al igual que el círculo perfecto, eran un producto de las matemáticas, o sea, del cerebro humano. No existían en la naturaleza, si se exceptuaba aquellas apariciones de muy corta vida como la burbuja de aire, de forma ideal. Pero esa perfección jamás duraba. En algún momento, el tiempo corroía todo y deformaba cualquier cuerpo, por muy simétrico que fuera... y cuanto más antiguo, más todavía.

Francesco Mondari tuvo que inspirar profundamente. Una bola de metal de doscientos cincuenta millones de años no era algo fácil de digerir. ¿Cómo podía haber surgido un objeto de este tipo? Lo primero que pensó el profesor, de acuerdo a su forma de ser, fue en un origen natural. ¿Podrían existir procesos de mineralización que produjeran geodos tan poderosos? Si fuera así, él, al menos, no había oído hablar de ello. La mineralización esferoidal aparecía especialmente en el ámbito hidrotermal, en la formación de combinaciones de óxido de hierro tales como goetita o hematita, lo que hubiera sido por otro lado una explicación del extraño comportamiento de su brújula. Las formas curvadas o redondas eran comunes allí; sin embargo, estos objetos oolíticos no superaban por lo general los diez centímetros. Quizá acababa de descubrir la mayor masa esférica de hematita jamás documentada...

Mondari se irguió. Ahora convenía no sacar conclusiones prematuras. Abrió la mochila y buscó su escala de

dureza de Mohs. A pesar de no ser un minerólogo con formación, el manejo de esa herramienta de aspecto algo arcaico formaba parte de la rutina de un geólogo. La escala de dureza consistía en diez minerales con grado creciente de dureza, comenzando por el talco, tan blando como las uñas de los dedos de la mano, y terminando con la más dura de las sustancias, el diamante. La hematita se encontraba en algún punto entre la dureza cinco y seis, o sea, entre la apatita y el feldespato. Cogió el feldespato e intentó arañar la bola con él. Pero por más que se esforzaba, el resultado era cero. El feldespato dejó un material rayado de color blanco, así que era mucho más blando. Tal vez en el caso de la bola se trataba de una forma especialmente dura de la hematita.

Mondari, sin ganas de ir tan lento, tomó el corundo, con grado nueve de dureza. Con este funcionaría. La hematita era mucho más blanda, es decir, que debería dejarse marcar. Colocó el mineral rojo y negro sobre la piedra, apretó y trazó una línea. Surgió una huella blancuzca, pero al igual que en el caso anterior, no parecía provenir de la bola. Mondari se humedeció los dedos, los frotó en el lugar correspondiente y echó un vistazo a través de su lupa.

Nada.

Ni el más mínimo rasguño.

El profesor se reclinó pensativo. Lo que había encontrado ahí no era hematita, eso estaba bien claro. ¿Pero qué era? Con dedos temblorosos, volvió a colocar el corundo en su lugar y tomó la bolsita de tela que estaba en un compartimiento especial de la caja. La abrió y retiró una clavija de metal en la que había un trozo de diamante. No lo había necesitado hasta entonces, pues en el día a día de un geólogo nada podía medirse con la dureza de un diamante. La piedra preciosa relucía al sol. Con cuidado, Mondari lo apoyó contra la superficie de la bola. El diamante estaba compuesto de carbono puro, el cual había recibido una presión tan fuerte desde las profundidades de la tierra, que su estructura crista-

THOMAS THIEMEYER

lina se había modificado. En realidad, los diamantes eran lisos, pero al mismo tiempo quebradizos. Al caer, podían romperse con facilidad. Mondari gastó una suma considerable de dinero por su escala de dureza, y eso por pura vanidad. Para tener un diamante verdadero en su colección, estuvo dispuesto a pagar casi el doble del precio. Una inversión que, como esperaba, iba a causar impresión en el estudiantado femenino. Nunca imaginó que alguna vez necesitaría el diamante.

La punta clara como el cristal raspaba con un sonido desagradable la superficie de la esfera. Mondari miraba a través de la lupa. Nada de abrasión, ningún rasguño, ninguna huella de haber sido violentada. Los dos materiales parecían tener una constitución similar.

El profesor aumentó la presión. El rasgado se hizo más fuerte, pero todavía no aparecía ningún vencedor. Se sentía como David luchando contra Goliat. Gotas de sudor le caían por la frente y se juntaban en la punta de la nariz. Se las secó con un movimiento brusco. Todo aquello no podía ser verdad. ¿Qué podía haber descubierto? Una vez más, aumentó la presión. Esa maldita bola tenía que ceder en algún momento.

Ya empezaba a dolerle la mano, pero no quería darse por vencido y volvió a apretar con todas sus fuerzas. De repente hubo una explosión.

Sin poder creerlo, Mondari miró primero el puntal, y luego las finas migajas brillantes. La punta se había partido. El diamante estaba en trozos, hecho polvo, perdido. Un montoncito de polvo era todo lo que había quedado de su valiosa pertenencia. Echó un vistazo a través de su lupa y buscó si quedaba algo del rasguño. En vano. La superficie de la esfera se presentaba inmaculada e intacta.

Francesco Mondari sentía la rabia creciendo en su interior, un odio totalmente irracional contra ese objeto de los albores de la humanidad que se resistía a todos sus esfuerzos.

Con mano temblorosa, tomó el martillo y el cincel. Colocó el punzón de acero en una de las numerosas grietas

que atravesaban la bola, alzó el martillo y lo dejó caer con todas sus fuerzas. Saltaron chispas. El acero volvió a su lugar. El aire se llenó del canto penetrante del metal. Volvió a golpear. Una y otra vez. El mango del martillo zumbaba en su mano, y aún no se veía ninguna modificación en la superficie de la esfera. Iba perdiendo la paciencia por momentos. Tenía calor, y el sol le daba en la nuca. Volvió a golpear, y de repente —no podía creer lo que veía— se dibujó una grieta en la superficie de la bola.

*¡Ja!* Mondari triunfó. A la larga no había nada que pudiera resistirse a su tenacidad. Por fin había podido hacer daño a ese maldito metal. Volvió a golpear. Apareció una hendidura larga y finísima, que parecía agrandarse cada vez más. El material emitió un crujido agudo pero muy satisfactorio.

Mondari se levantó. Alargó los brazos y estiró los músculos tensos. Le dolía todo. Pasaría esa noche en la sauna y después mandaría que le dieran un masaje. Pero hasta ese momento tenía por delante algunas horas más de trabajo duro. Lo que más necesitaba en ese momento era una pausa antes de intentar agrandar la hendidura. Estaba ansioso por ver qué había en el interior de la bola, pero al mismo tiempo sabía que no convenía apresurarse. La impaciencia le llevaría a cometer errores que no se podía permitir. No debía faltar ningún detalle cuando escribiera su informe, más adelante. Así que sacó su lápiz y empezó a anotar sus vivencias hasta el momento. Algunos dibujos del paisaje, de las capas geológicas y de la estructura de los corales completaron el cuadro.

Diez minutos más tarde aproximadamente, cerró su libreta de anotaciones, colocó una gomita alrededor del maltratado bloc y volvió a dirigir su atención hacia el objeto de estudio. La grieta se había prolongado a lo largo de un meridiano y medía unos cincuenta centímetros de largo. Con suerte, podría agrandarla con el cincel. La sustancia parecía

THOMAS THIEMEYER

ser muy porosa. Incluso más porosa y dura de lo que sería un diamante. Quizá había descubierto una novedosa composición química, un nuevo mineral. Posiblemente podría darle un nombre. Lo llamaría *Adamas* —lo invencible—, como el metal gris de la mitología griega. El descubrimiento de una sustancia de este tipo le aseguraría un lugar en los anales de la especialidad. Su nombre figuraría en los manuales de enseñanza, y se le conocería mucho más allá de Italia. Qué hermoso sueño. Sin embargo, Mondari era lo bastante realista como para saber que era mucho más probable que estuviera tras alguna composición química conocida. Una composición que se hubiera endurecido por procesos geotérmicos especiales. Tal vez simplemente su diamante estaba dañado. Muchas veces las explicaciones más simples eran las más acertadas. Él era lo suficientemente sincero consigo mismo como para saber que las posibilidades de descubrir algo verdaderamente nuevo eran casi nulas hoy en día. De acuerdo, pero no quería dejarse arredrar por esta posibilidad; de todas formas el esferoide ya era un descubrimiento destacable en sí mismo. Se puso los guantes de trabajo, volvió a apoyar el cincel sobre el metal y golpeó lo más fuerte que pudo. El metal prácticamente gritó. Otro golpe y sintió cómo el cincel penetraba algunos milímetros en la hendidura. La cosa empezaba a ponerse interesante. Estaba seguro de que le faltaban solo algunos golpes para obtener una explicación. Volvió a dejar caer su martillo. De repente notó un cambio.

Sucedió algo extraño. El aire estaba cargado con un ruido, como si un gran objeto lo estuviera dividiendo, como si algo enorme silbara por la atmósfera. Mondari se agachó instintivamente y, lleno de temor, miró en todas direcciones. Pero no pudo descubrir nada fuera de lo común. La gran meseta se presentaba pacífica a la luz del sol de la mañana. En alguna parte graznó un grajo. Pero el sonido seguía ahí.

Ahora, sin embargo, sonaba más bien como un resoplido, como el quejido de una criatura gigante. Al mismo tiempo, un olor extraño empezó a brotar del suelo. Olía a piedra quemada, a un calor capaz de quemar todo. Inquieto, Mondari dejó caer la mano en la que sostenía el martillo y se puso de pie. Con mirada insegura, dio un paso atrás, con los ojos aún fijos en la bola extraña. No sabía por qué, pero estaba convencido de que los ruidos y olores perturbadores provenían de ella. Mientras se pasaba las manos sudorosas por el pantalón, notó que la bola comenzaba a cambiar de color. En algunas partes se puso plateada, después blanca. Y después empezó a arder.

Con una mezcla de temor y admiración, Francesco Mondari observaba cómo el ardor se mostraba a lo largo de las líneas finas, líneas que llevaban claramente los rasgos de letras de una escritura.

Volvió a retroceder aún más.

La parte exterior de la bola estaba cambiando radicalmente de forma en ese momento, quedando cada vez más recubierta de un patrón de signos misteriosos. Y como si esto no fuera suficiente, la grieta que él había abierto en la piedra empezó a brillar. Al igual que una herida sangrante, la piedra se alargó un metro. Mondari percibió roturas y crujidos en lo más profundo de ella, como si el objeto estuviera bajo una presión terrible y amenazara con reventar en cualquier momento.

Asustado y próximo al pánico, el profesor Mondari solo tenía un deseo: quería poner distancia lo antes posible entre su persona y aquella forma tan misteriosa.

Tropezando, regresó sobre sus pasos. Al hacerlo, se olvidó por completo de su mochila, de su escala de dureza y del diario que amaba por encima de todas las cosas. Incluso la brújula, el recuerdo de su padre fallecido, la dejó atrás. Lo único que deseaba era irse, y cuanto antes.

Corrió, pero tantos promontorios y hendiduras le impedían avanzar. Parecían retenerle, como si quisieran evitar que se escapara. Tropezó, se hirió las rodillas hasta san-

grar, se levantó de nuevo y siguió adelante tambaleándose de dolor.

Cuando la planicie a su alrededor quedó iluminada por un rayo de luz resplandeciente, apenas se había alejado diez metros de la esfera. Un calor impresionante hizo arder el aire, le quemó la ropa del cuerpo y le abrasó las capas externas de la piel. Un soplo ardiente le alcanzó los cabellos y una nube de cenizas se los llevó.

Pudo arrancar un último grito animal de su garganta.

Francesco Mondari tuvo una muerte rápida. Cuando la luz brillante de su cuerpo se evaporó en una nube de materia orgánica, solo quedó un velo de polvo blanco, que voló hacia el cielo azul y fue arrastrado por el viento refrescante del noreste.